

PQ 7250

T7

A los trovadores Americanos: á esa
pléyade de soñadores vírgenes, que así
afilan la espada en la lira, para defen-
der su independencía, como lloran, ríen
ó cantan con el alma, reproduciendo en
sus versos cuanto de sublime encierra el
Nuevo Mundo, dedican la edición de
este libro,

Los Editores



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Los Trovadores de México



ALTAMIRANO (IGNACIO MANUEL)

FLOR DEL ALBA

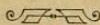
Las montañas del Oriente
La luna traspuso ya,
El gran lucero del alba
Mirase apenas brillar
Al través de los nacientes
Rayos de luz matinal;
Bajo su manto de niebla
Gime soñoliento el mar,
Y el céfiro en las praderas
Tibio despertando va.
De la sonrosada aurora
Con la dulce claridad,
Todo se anima y se mueve,
Todo se siente agitar:

003184

El águila allá en las rocas
 Con fiereza y majestad
 Erguida ve el horizonte
 Por donde el sol nacerá;
 Mientras que el tigre gallardo
 Y el receloso jaguar
 Se alejan buscando asilo
 Del bosque en la oscuridad.
 Los alciones en bandadas
 Rasgando los aires van,
 Y el *madrugador* comienza
 Las aves á despertar:
 Aquí salta en las caobas
 El pomposo *cardenal*,
 Y alegres los guacamayos
 Aparecen más allá.
 El *aní* canta en los mangles,
 En el ébano el *turpial*,
 El *centzontli* entre las ceibas,
 La alondra en el arrayán,
 En los maizales el tordo
 Y el mirlo en el arrozal.
 Desde su trono la orquídea
 Vierte de aroma un raudal,
 Con su guirnalda de nieve
 Se corona el guayacán,
 Abre el algodón sus rosas,
 El ilamo su azahar,
 Mientras que lluvia de aljófar
 Se ostenta en el cafetal,
 Y el nelumbio en los remansos
 Se inclina el agua á besar.
 Allá en la cabaña humilde
 Turban del sueño la paz
 En que el labriego reposa,

Los gallos con su cantar;
 El anciano á la familia
 Despierta con tierno afán,
 Y la campana del *Barrio*
 Invita al cristiano á orar.
 Entonces, niña hechicera,
 De la choza en el umbral
 Asoma, que *Flor del alba*
 La gente ha dado en llamar.
 El candor del cielo tiñe
 Su semblante virginal,
 Y la luz de la modestia
 Resplandece en su mirar.
 Alta, gallarda y apenas
 Quince abriles contará,
 De azabache es su cabello,
 Sus labios bermejos, más
 Que las flores del granado
 La púrpura y el coral;
 Si sonrien, blancas perlas
 Menudas hacen brillar.
 Ya sale airosa, llevando
 El cántaro en el *yagual*,
 Sobre la erguida cabeza
 Que apenas mueve al andar;
 Cruza el sendero de mirtos
 Y cabe un cañaveral,
 Donde hay una cruz antigua,
 Bajo el techo de un palmar,
 Plantada sobre las peñas
 Musgosas de un manantial,
 Arrodillada la niña
 Humilde se pone á orar,
 Al arroyuelo mezclando
 Sus lágrimas de piedad.

Luego sube á la colina
 Desde donde se vé el mar,
 Y allí con mirada inquieta,
 Buscando afanosa está
 Una barca entre las brumas
 Que ahuyenta ledo el terral;
 Los campesinos alegres
 Que á los maizales se van,
 Al verla así, la bendicen,
 Y la arrojan al pasar
Maravillas olorosas
 De las cercas del *bajial*,
 Que es la bella *Flor del alba*,
 La dulce y buena deidad
 Que adoran los corazones
 De aquel humilde lugar.

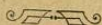


LA SALIDA DEL SOL

Ya brotan del sol naciente
 Los primeros resplandores,
 Dorando las altas cimas
 De los encumbrados montes.
 Las neblinas de los valles
 Hacia las alturas corren,
 Y de las rocas se cuelgan
 O en las cañadas se esconden.
 En áscuas de oro convierten
 Del astro-rey los fulgores,
 Del mar que duerme tranquilo
 Las mansas ondas salobres.
 Sus hilos tiende el rocío
 De diamantes tembladores,

En la alfombra de los prados
 Y en el manto de los bosques.
 Sobre la verde ladera
 Que esmaltan gallardas flores,
 Elevan su frente altiva
 Los enhiestos girasoles,
 Y las caléndulas rojas
 Vierten al pié sus olores.
 Las amarillas retamas
 Visten las colinas, donde
 Se ocultan pardas y alegres
 Las chozas de los pastores.
 Purpúrea el agua del río
 Lame de esmeralda el borde,
 Que con sus hojas encubren
 Los plátanos cimbradores;
 Mientras que allá en la montaña,
 Flotando en la peña enorme,
 La cascada se reviste
 Del tris con los colores.
 El ganado en las llanuras
 Trisca alegre, salta y corre;
 Cantan las aves, y zumban
 Mil insectos bullidores
 Que el rayo del sol anima,
 Que pronto mata la noche.
 En tanto el sol se levanta
 Sobre el lejano horizonte,
 Bajo la bóveda limpia
 De un cielo sereno... Entonces
 Sus fatigosas tareas
 Suspénden los labradores,
 Y un santo respeto embarga
 Sus sencillos corazones.
 En el valle, en la floresta,

En el mar, en todo el orbe
Se escuchan himnos sagrados,
Misteriosas oraciones;
Porque el mundo en esta hora
Es altar inmenso, en donde
La gratitud de los séres
Su tierno holocausto pone;
Y Dios, que todos los días
Ofrenda tan santa acoge,
La enciende del Sol que nace
Con los puros resplandores.



LOS NARANJOS

Perdiéronse las neblinas
En los picos de la sierra,
Y el sol derrama en la tierra
Su torrente abrasador.
Y se derriten las perlas
Del argentado rocío,
En las adelfas del río
Y en los naranjos en flor.
Del *mamey* el duro tronco
Picotea el *carpintero*,
Y en el frondoso *manguero*
Canta su amor el *turpial*;
Y buscan miel las abejas
En las piñas olorosas,
Y pueblan las mariposas
El florido cafetal.

Deja el baño, amada mía,
Sal de la onda bullidora;
Desde que alumbró la aurora

Jugueteas loca allí,
¿Acaso el genio que habita
De ese río en los cristales,
Te brinda delicias tales
Que lo prefieres á mí?
¡Ingrata! ¿por qué riendo
Te apartas de la ribera?
Ven pronto, que ya te espera
Palpitando el corazón.
¿No ves que todo se agita,
Todo despierta y florece?
¿No ves que todo enardece
Mi deseo y mi pasión?

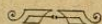
En los verdes tamarindos
Se requiebran las palomas,
Y en el nardo los aromas
A beber las brisas van.
¿Tu corazón, por ventura,
Esa sed de amor no siente,
Que así se muestra inclemente
A mi dulce y tierno afán?
¡Ah no! perdona, bien mío;
Cedes al fin á mi ruego,
Y de la pasión el fuego
Miro en tus ojos lucir.
Ven, que tu amor, virgen bella,
Néctar es para mi alma;
Sin él, que mi pena calma
¿Cómo pudiera vivir?

Ven y estréchame, no apartes
Ya tus brazos de mi cuello,
No ocultes el rostro bello,
Tímida huyendo de mí.
Oprimanse nuestros labios
En un beso eterno, ardiente,

Y transcurran dulcemente
Lentas las horas así.

.....
En los verdes tamarindos
Enmudecen las palomas;
En los nardos no hay aromas
Para los ambientes ya.
Tú languideces; tus ojos
Ha cerrado la fatiga,
Y tu seno, dulce amiga,
Estremeciéndose está.

En la ribera del río
Todo se agosta y desmaya;
Las adelfas de la playa
Se adormecen de calor.
Voy el reposo á brindarte
De trébol en esta alfombra,
A la perfumada sombra
De los naranjos en flor.



LAS ABEJAS

Ya que del cármén en la sombra amiga
Fuego vertiendo el caluroso estío,
A buscar un refugio nos obliga
Cabe el remanso del sereno río;
Ven, pobre amigo, ven, y descansando
De la ribera sobre el musgo blando,
Oirás del labio mío
Palabras de amistad, consoladoras,
Que calmarán la bárbara tristeza
Con que insensato en tu despecho lloras.

¡Lamentas de los duelos la crudeza,
Tú, cuyos quietos y dorados días
Aún alumbra risueña la esperanza;
Tú, cuya confianza,
Inocentes placeres y alegrías,
Jamás han enturbiado
Las desgracias impías
Con su terrible aliento emponzoñado!

Tú joven, tú feliz, tú á quien halaga
Con sus preciosos dones la fortuna,
Tú á quien el mundo seductor embriaga
Sus flores ofreciendo una por una;
Tú á quien la juventud, hermosa maga,
Dulcemente convida
A disfrutar la dicha tentadora
Que en sus ardientes frutos atesora
El árbol misterioso de la vida!

Tú no debes llorar; deja que el llanto
Del débil viejo la mejilla abrase
Y que la espina del tenaz quebranto
Su congojado corazón traspase.

Tú, joven, ¡á gozar! la sangre hirviente
Sientes bullir aún; la vida es bella,
Y en sus campos el sol resplandeciente
A tus ojos destella.

¿Por qué te afliges? dí, ¿por qué inclinabas
Callando tristemente,
La dolorida frente?
¿A la pérfida acaso recordabas?
Inexperto doncel, ¿de qué te quejas?
¿Por qué llorando de la vil te alejas?

¿Qué ventura has perdido?
 ¿Qué tesoro escondido
 En ese corazón perjuro dejas?
 ¿Por qué cuando en un día,
 Primera vez miraste
 De esa traidora la belleza impía,
 El terrible fulgor no vislumbraste
 De la maldad que en su mirada ardía?

Ni amor, ni virtud santa
 Abriga esa mujer; vicio temprano,
 Como á las gentes que en la corte habitan,
 Ya corrompió su corazón liviano;
 Si amor á buscar fuiste
 Entre el pérfido mundo cortesano,
 Por eso ahora ¡ay triste!
 Lloras el tiempo que perdiste en vano.
 ¡Amor allí no existe!
 Allí cual frescas, perfumadas rosas,
 Al corazón se ofrecen las hermosas.
 ¡Ay de quien su perfume
 Aspira incauto, y de confianza lleno
 Pronto en la duda y tedio se consume
 Al negro influjo del mortal veneno.

¡Amor no existe allí!... La dulce niña
 Cuando asoma el pudor por vez primera
 En su frente de ángel, y su pecho
 Sincero amando, palpitar debiera,
 De infame corrupción con el ejemplo
 No al sentimiento puro le consagra,
 Porque del oro le convierte en templo.
 ¿Qué dicha, qué placeres
 Esperas tú encontrar de esas mujeres
 En el vendido seno

A los ardores del cariño ajeno,
 Cuando su impura llama,
 Si nace, solamente
 Al soplo vil del interés se inflama?
 Huye la corte, amigo, y la ventura
 Ven á buscar aquí, do la inocencia
 Te ofrecerá en la flor de la hermosura
 Un tierno cáliz de sabrosa esencia.
 Libando su dulzura
 Cambiará tu existencia;
 De tedio sanarás que te aniquila,
 Y la virtud amando, suavemente
 Tu vida pasará cual la corriente
 De ese arroyo tranquila.

¿Ves discurrir zumbando entre las flores
 De este cármén umbroso y escondido,
 Afanosas buscando las abejas
 El néctar delicioso, apetecido?
 Mira cuál van dejando desdeñosas
 De su brillo á pesar y su hermosura
 Las flores venenosas.
 Ellas buscan quizá las más humildes,
 Las que ocultas tal vez en la espesura
 De las agrestes breñas
 Apenas se distinguen, ó en la oscura
 Grieta se esconden de las rudas peñas;
 Ellas no creen que al ostentarse ufanas
 Aquellas que parecen
 Con mayor altivez y más colores,
 Sean también las que ofrecen
 Los nectarios mejores.

Tú imita ese modelo,
 Pobre insecto, es verdad, pero dotado

Por el pródigo cielo
De un instinto sagaz y delicado;
Y en el jardín del mundo,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida,
Deja la flor pomposa, envanecida
Que á la virtud en su soberbia insulta;
Busca á la que se oculta
Viviendo entre las sombras recogida.

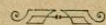
Una infame y perjura cortesana
Tu corazón sedujo, tú la amaste,
Y alimentando tu pasión insana
Tu puro corazón envenenaste.
Olvidala, y que presto,
Ya despertando de tu error funesto,
Puedas hallar la miel de los amores
De esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
Nuestras montañas y risueños prados,
La que garbosa con diadema negra
De cabellos rizados
Su tersa frente candorosa ciñe,
Que el alba pura con sus lampos tiñe.
La de los grandes y rasgados ojos,
La de los frescos labios purpurinos
Que rien, mostrando destumbrantes perlas,
La de turgentes hombros y divinos
Que la Vénus de Gnido envidiaría,
Mírala, ¿no enloquece tu alma, joven,
Como hace tiempo enloqueció la mía?

¿La faz de tu perjura es comparable,
Y su pálida tez marchita y fría

Do la salud y la color simula
Comprado afeite, con la faz rosada
De esta virgen del bosque,
Do la sangre purísima circula
Con el calor y el aire de los campos,
Y con la gran esencia
Que en su redor esparce la inocencia?
Dime, ¿á apagar su fuego esa mirada
Con el ansioso labio no provoca?
¿Quién al verla sonriendo no querría
Libar la miel de su encendida boca?
¿Quién no deseara con delirio ciego
Estrecharla en sus brazos un instante?
¿Dónde buscar de amor el sacro fuego
Sino en su seno blanco y palpitante?
¿Y dónde hallar la dicha que asegura
Su fé constante y pura?

Estas flores, amigo, ansioso busca,
Abeja del amor, y no te cuida
De los torpes placeres
Que te ofrece la corte corrompida,
Si el néctar de la dicha libar quieres
Para endulzar las penas de la vida.



LAS AMAPOLAS

Uror.—TIBULO

El sol en medio del cielo
Derramando fuego está;
Las praderas de la costa
Se comienzan á abrasar,

Y se respira en las ramblas
El aliento de un volcán.

Los arrayanes se inclinan,
Y en el sombrío manglar
Las tórtolas fatigadas
Han enmudecido ya,
Ni la más ligera brisa
Viene en el bosque á jugar.

Todo reposa en la tierra,
Todo callándose va,
Y sólo de cuando en cuando
Ronco, imponente y fugaz,
Se oye el lejano bramido
De los tumbos de la mar.

A las orillas del río,
Entre el verde carrizal,
Asoma una bella joven
De linda y morena faz;
Siguiéndola va un mancebo
Que con delirante afán
Ciñe su ligero talle,
Y así le comienza á hablar:

—«Ten piedad, hermosa mía,
Del ardor que me devora,
Y que está avivando impía
Con su llama abrasadora
Esta luz de Mediodía.

Todo suspira sediento,
Todo lánguido desmaya,
Todo gime soñoliento:

El río, el ave y el viento
Sobre la desierta playa.

Duermen las tiernas mimosas
En los bordes del torrente;
Mústias se tuercen las rosas,
Inclinando perezosas
Su rojo cáliz turgente.

Piden sombra á los mangueros
Los floripondios tostados;
Tibios están los senderos
En los bosques perfumados
De mirtos y limoneros.

Y las blancas amapolas
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas.

Todo invitarnos parece,
Yo me abraso de deseos;
Mi corazón se extremece,
Y ese sol de Junio acrece
Mis febriles devaneos.

Arde la tierra, bien mío;
En busca de sombra vamos
Al fondo del bosque umbrío,
Y un paraíso finjamos
En los bordes de ese río.

Aquí en retiro encantado,
Al pié de los plantanares

Por el remanso bañado,
Un lecho te he preparado
De eneldos y de azahares.

Suelta ya la trenza oscura
Sobre la espalda morena;
Muestra la esbelta cintura,
Y que forme la onda pura
Nuestra amorosa cadena.

Late el corazón sediento;
Confundamos nuestras almas
En un beso, en un aliento...
Mientras se juntan las palmas
A las caricias del viento.

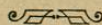
Mientras que las amapolas,
De calor desvanecidas,
Humedecen sus corolas
En las cristalinas olas
De las aguas adormidas.»—

Así dice amante el joven,
Y con lánguido mirar
Responde la bella niña
Sonriendo... y nada más.

Entre las palmas se pierden;
Y del día al declinar,
Salen del espeso bosque,
A tiempo que empiezan ya
Las aves á despertarse
Y en los mangles á cantar.

Todo en la tranquila tarde

Tornando á la vida va;
Y entre los alegres ruidos,
Del Sud al soplo fugaz,
Se oye la voz armoniosa
De los tumbos de la mar.



AGUÑA (MANUEL)

NOCTURNO (1)

Á ROSARIO

I

Pues bien, yo necesito
Decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
Con todo el corazón,
Que es mucho lo que sufro
Y mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto,
Y al grito en que te imploro,
Te imploro y te hablo en nombre
De mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas
Que ya hace muchos días
Estoy enfermo y pálido,
De tanto no dormir;
Que ya se han muerto todas
Las esperanzas mías;

(1) Esta composición, hermosísima aunque incorrecta, fué si no la última, una de las últimas que escribió este poeta antes de su desgraciada muerte, acaecida á los veintisiete años de su edad, y cuando las más lisonjeras esperanzas le reservaban un porvenir de gloria.